

P. Giuseppe Ambrosoli «Médico de la Caridad»

El 20 de noviembre, solemnidad de Jesucristo Rey del Universo, será beatificado en Kalongo, Uganda, el padre Giuseppe Ambrosoli, sacerdote comboniano y médico que dedicó su vida misionera a atender a los enfermos. Su vida, sencilla y entregada, es todo un ejemplo para nosotros. Por eso queremos hacerle un homenaje dedicándole estas páginas de *Esquila Misional*.



Médico y sacerdote comboniano

El padre **Giuseppe** Ambrosoli nació en Ronago, Como, Italia, el 25 de julio de 1923, y murió en Lira, Uganda, el 27 de marzo de 1987. ¿Por qué lo recordamos? Porque el padre Giuseppe llevó una vida santa como médico y sacerdote. Murió en el concepto de santidad y el 20 de noviembre será beatificado en Uganda. San Francisco de Asís decía: «Narrar las glorias de los que nos han precedido no nos lleva a una vana glorificación, sino a una verdade-



ra santificación». Este es el propósito por el que recordamos estas hermosas figuras.

No es fácil concentrar la personalidad espiritual de este sacerdote, misionero comboniano y médico. Ambrosoli era médico y, en Uganda, le llamaban: «El médico de la caridad». «Nadie se fue de él con las manos vacías o con el corazón gastado», aseguran los testigos. El libro sobre él también se titula *El doctor de la caridad*.

El padre Giuseppe también fue un verdadero seguidor de Com-



Padres de Ambrosoli

boni (fundador del Instituto), declarado santo el 5 de octubre de 2003. Al igual que san Daniel Comboni, el padre Ambrosoli intentó «salvar África con África». Y como el fundador, probó «la predilección del Calvario».



Primera misa que celebró

Hablemos primero de la infancia del padre Giuseppe, de su juventud, de su vocación y, por último, de su «experiencia del Calvario» antes de su muerte. Quien más influyó en la formación espiritual de Giuseppe fue su madre, Palmira, una mujer piadosa y llena de caridad hacia los pobres. El padre Ambrosoli siempre tuvo una gran veneración por la «Mamma» y siempre lo escribía con mayúscula.

Después de la primaria en el pueblo, la secundaria en Como y el bachillerato en el Calasanzio de Génova, donde los Ambrosoli solían ir a estudiar, Giuseppe tuvo la suerte de conocer a un sacerdote, el padre Silvio Riva, más tarde franciscano, asistente de la Acción Católica en Como. Fue un encuentro bendecido y providencial.

Don Riva había creado el «cenáculo», una asociación de jó-

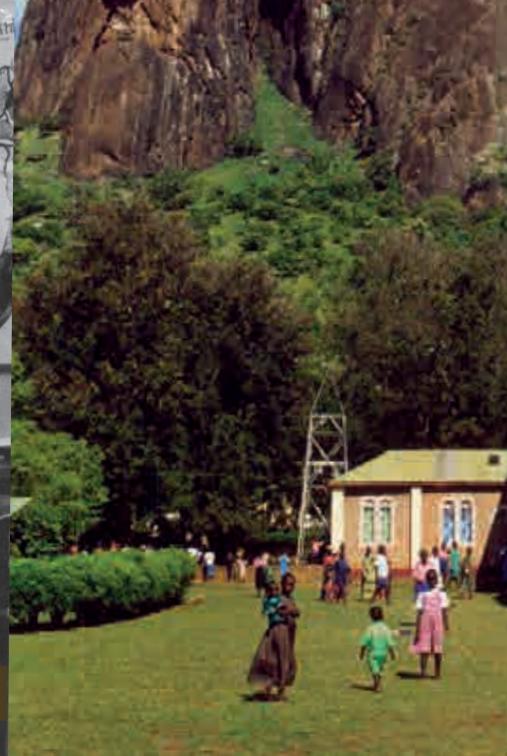
venes de Acción Católica fuertemente comprometidos con la vida cristiana. Misa y meditación cada mañana, visita diaria al Santísimo, retiro mensual, ejercicios espirituales anuales y confesión semanal. Del jueves al viernes había una vigilia de oración ante el Santísimo Sacramento durante casi toda la noche. Una veintena de los asistentes al cenáculo se convirtieron en sacerdotes y los demás en excelentes cristianos.

Giuseppe Ambrosoli fue delegado aspirante en Uggiate y luego presidente de los aspirantes en Ronago y Uggiate. En su moto roja iba de pueblo en pueblo para organizar grupos y reuniones.

En 1942, con 19 años, Giuseppe terminó el bachillerato y se matriculó en la Facultad de Medicina de la Universidad de Milán. Pero la Segunda Guerra Mundial ya había comenzado. De hecho, al año siguiente se produjo el famoso 8 de septiembre de 1943, con la caída del ejército italiano, la creación de la República Social de Saló y la invasión de Italia por las tropas alemanas. Pues bien, durante aquella gran confusión en Italia, Giuseppe se propuso salvar el mayor número posible de vidas de partisanos, evasores del servicio militar, ex militares y judíos perseguidos (había leyes contra los judíos). Los acogió en su casa (con el consentimiento de sus padres), les proporcionó comida y por la noche, desafiando a los alemanes de guardia, los llevó a una arboleda que lindaba con Suiza (Ronago hace frontera con Suiza), donde había hecho un agujero en la valla



Creó una escuela de matronas y enfermeras



y desde ahí los envió a Suiza donde tenía amigos. De este modo, los salvó de los campos de concentración o de las cámaras de gas.

Cuando esto llegó a oídos de algunos Giuseppe tuvo que reparar en Suiza y luego, para no exponer a su familia al acoso, tuvo que unirse a los republicanos de Saló. Fue enviado al campo de entrenamiento militar en Heuberg,

Alemania. En ese infierno, la virtud de este joven de la Acción Católica brilló aún más.

Todos los días había maniobras militares agotadoras; la comida era escasa, la vida en las barracas era muy dura. Sin embargo, para comulgar todos los días, Giuseppe se quedaba en ayunas hasta las dos de la tarde, y cuando podía iba a una iglesia católica

donde había un sacerdote para darle la comunión. Los ejemplos de altruismo, de caridad, de ayuda a sus compañeros en el campo son muchos y edificantes.

Pero es necesario relatar otro hecho de su vida militar en el que brilla su honestidad. En diciembre de 1944, tras completar su formación, fue enviado a Collecchio en la provincia de Parma y, en 1945, se encontró con su División en Berceto. Los testigos aseguran que este joven soldado pudo ayudar a muchas familias pobres. Cuando la situación de guerra se precipitó y todos huyeron, se negó enérgicamente a tomar posesión de las arcas de la División aunque tuviera la oportunidad.

Con el final de la guerra retomó sus estudios interrumpidos y el 18 de julio de 1949 se licenció en medicina y cirugía. Mientras tanto, ya había madurado su decisión en su corazón. Cuando volvía de Milán con su título, se detuvo en la Casa de los Combo-



El complejo hospitalario desde arriba



Misión de Kalongo



Siempre tuvo tiempo para atender

nianos de Rebbio di Como (donde su madre iba a menudo a hacer ofrendas para las misiones) y conoció al superior general, el padre Antonio Todesco, que se encontraba ahí.

Giuseppe sacó su tarjeta y la puso tímidamente en manos del misionero y le dijo:

-Me gustaría ir a África para tratar a los más necesitados.

-¿Como médico o como sacerdote?, le preguntó el padre Antonio.

-Como médico y como hermano coadjutor, respondió Giuseppe. Y luego añadió: Me parece que el sacerdocio es algo demasiado grande para mí.

-Irás como médico y como sacerdote, concluyó el superior general.

Para demostrar que iba en serio, Giuseppe se fue a Londres para especializarse en enfermedades tropicales y desde ahí escribió a su madre: «Dios es amor, hay un prójimo que sufre y yo soy su servidor». Con estas sencillas,

pero profundas palabras, anunció a su madre y a su familia su vocación misionera.

En octubre de 1951 ingresó al noviciado de Gozzano, en la provincia de Novara, y emitió los votos el 9 de septiembre de 1953. Luego fue a Venegono para estudiar Teología y fue ordenado sacerdote en Milán el 17 de diciembre de 1955. Se ordenó un

poco antes que sus compañeros porque se le necesitaba urgentemente en Uganda para crear un hospital. Hay un hermoso episodio de su ordenación: como había pasado toda la noche junto a la cama de un hermano enfermo, se quedó dormido por la mañana. Despertado en el último momento, se apresuró a ir a Milán. Cuando tuvo que tumbarse en el suelo



Fue un excelente cirujano



Pacientes esperando consulta

durante las letanías de los santos, todos se dieron cuenta que las suelas de sus zapatos estaban agujereadas. Y en los bancos delanteros había familiares y amigos de la familia. Ambrosoli era así.

Para levantar el hospital de Kalongo, el padre Giuseppe alternó el trabajo de médico con el de obrero. Uno tras otro, se fueron construyendo los distintos pabellones y, mientras tanto, el padre Giuseppe intentó que los médicos europeos pasaran una temporada en Kalongo. Pasaron cientos de ellos. El hospital llegó a tener 350 camas.

El padre Giuseppe equipó el pabellón para los desnutridos. En sus viajes para atender a la gente, cuando encontraba algún niño desnutrido, lo llevaba con su madre al hospital para ser atendidos. Se ocupó especialmente de los enfermos de lepra. Incluso antes de que Raoul Follereau proclama-

ra que los leprosos eran «hombres como los demás», los admitía en su hospital junto con otros y nunca soñó con encerrarlos en leproserías, que eran lugares de desesperación y muerte.

Entonces Ambrosoli quiso realizar el plan de Comboni, «salvar a África con África» y por eso puso en marcha la escuela de matronas y enfermeras profesionales. Por supuesto, en esto, pero también en el quirófano, fue asistido por las Misioneras Combianas. Ellas desempeñaron un papel importante en la vida del padre Ambrosoli.

Un día, los soldados quisieron entrar en el hospital para matar a los rebeldes heridos que estaban hospitalizados. El padre Ambrosoli se puso ante ellos, e invocando las leyes internacionales dijo que no podían entrar. Un agente le amenazó con una pistola y el padre Giuseppe le dijo: «Dispara:

para entrar en el hospital tienes que pasar por encima de mi cadáver». Y logró convencerlos de que desistieran.

Aportamos aquí el valioso testimonio del doctor Stoffel, un protestante suizo, bastante taciturno y duro, que trabajó con Ambrosoli durante muchos años:

«Una y otra vez me sorprendió su compasión, su generosidad y su infinita paciencia. A menudo me sentía culpable por no poder corresponder a lo que él hacía por mí. Sólo en el quirófano el padre Ambrosoli se volvió exigente y duro: no permitía frivolidades, bromas ni errores. “Está en juego la vida de las personas”, decía».

Pero lleguemos a la experiencia del Calvario que impactó al padre Giuseppe. Una experiencia que resultó ser «el día de la verdad». Es este el momento en el que uno ve cómo se desmorona a su alrededor todo lo que había construido con



Las Misioneras Combonianas siempre lo apoyaron

empeño y esfuerzo, y que termina en la derrota y la muerte. En este momento se pone a prueba el temple de un hombre, de un santo. Son «momentos de la verdad».

De estos «momentos», el padre Giuseppe tuvo dos: el primero fue cuando descubrió la enfermedad en su cuerpo. Nació con un solo

riñón, es decir, el otro no se había desarrollado, se había quedado como un «riñón arrugado», como dicen los médicos, pero él no lo sabía al principio. Se dio cuenta poco a poco de cierta insuficiencia renal que se acentuó año con año, y luego, en los exámenes. Sin duda, fue un golpe duro, pero la

fe en Dios le sostuvo. Luego está el otro «momento de la verdad», el más trágico aún, cuando vio cómo se derrumbaba su hospital y él mismo se encontró como un pobre exiliado con un inmenso montón de preocupaciones propias y ajenas sobre sus hombros.

Todo comenzó el 7 de febrero de 1987, cuando los militares dieron 24 horas para desalojar el hospital y llevarse a los enfermos. Al estar en una zona de guerra, el hospital de Kalongo tuvo que ser destruido para evitar que los rebeldes encontraran refugio ahí.

La primera preocupación del padre eran los enfermos. «¿Dónde los pondré?», se preguntaba, y ¿qué pasaría con las medicinas y los alimentos reservados para la época de hambruna?

Aquí vemos al hombre de Dios: Ambrosoli no se alteró, no perdió los nervios, no insultó a los soldados. Pasó la noche en oración, aseguró a un hermano, y por la mañana reunió a los médicos y enfermeras para la misa. Fue una misa de despedida. Al principio citó la frase de Comboni: «Las obras de Dios nacen, crecen y se desarrollan al pie de la cruz» y antes del Padre Nuestro dijo: «Pidamos al Padre que se haga su voluntad y a nosotros la fuerza para hacerla».

Treinta y cuatro vehículos, en parte proporcionados por el ejército, personal médico, 23 ciudadanos italianos, mil 500 militares y civiles, 150 enfermos (que no habían podido volver a sus casas), enfermeras y colegialas,



Panorámica de Kalongo



Estatua de Ambrosoli

en parte a pie y en parte a bordo de los camiones, salieron de Kalongo a las 15:00 horas del 13 de febrero de 1987.

Tardaron 22 horas en recorrer los 120 kilómetros que separan Kalongo de Lira, donde creían estar fuera de la zona de guerra, porque marcharon a paso de tortuga, siempre bajo el fuego de los rebeldes escondidos en el bosque (que nunca dispararon contra el convoy), durante una noche bochornosa y luego bajo el sol implacable sin poder beber ni una gota de agua (él con su riñón medio quemado).

Ambrosoli llevaba en su coche a monseñor Cesana, de 88 años, que había sufrido un derrame cerebral, y a un viejo hermano que se había roto el fémur. A medida que el convoy se movía, podía ver a sus espaldas las columnas de humo que salían del hospital: eran las reservas de alimentos y medicinas que se esfumaban.

Llegado por fin a Lira, el padre Ambrosoli, que ya sufría, se

preocupó por mil cosas. De los enfermos, en primer lugar, cómo alojarlos, la escuela de enfermería que había que hacer, las medicinas que se necesitaban. Debería haberse detenido, pensar en sí mismo. No lo hizo.

Ambrosoli presentó a san José como un modelo de obediencia ante las dificultades (huida a Egipto, huida de Kalongo; matanza de inocentes, asesinatos y vendettas a causa de la guerra...). La tarde del domingo 22 empezó a sentir escalofríos, y el 24 comenzó a vomitar. Siempre tenía cerca al padre Mario Marchetti, quien lo confesaba y le daba todos los sacramentos. Los hermanos buscaban un helicóptero para llevarlo a Gulu (a 150 kilómetros), donde, en el hospital dirigido por el doctor Corti, existía la posibilidad de realizar diálisis. Pero debido a la guerra, no era posible viajar en coche, ni encontrar un helicóptero.

La peor noche fue la del 26 al 27 de marzo. Ambrosoli estaba ahora en agonía. Cuando alguien le dijo que por fin habían encontrado un helicóptero militar para llevarlo a Gulu, el padre Ambrosoli dijo: «Olvidate del helicóptero y también de la diálisis. Deseo morir aquí con mi gente. Ayúdame más bien a rezar». Y después de un rato añadió: «Me gustaría ser enterrado como un africano, envuelto en una simple sábana, sin ataúd». Debo decir que en esto los hermanos no le escucharon. También encontraron cuatro tablas para él. Poco después, sintiéndose desfallecer y notando que sus miembros se agarrotaban, dijo: «Señor, hágase tu voluntad. Como



Tumba de Ambrosoli

tú quieras, que así sea». Luego, susurrando el Padre Nuestro, expiró. Eran las 13:50 horas del viernes 27 de marzo de 1987. Así, un nuevo testigo de la fidelidad a la vocación misionera, «el médico de la caridad», se añadía a la larga fila de los que le habían precedido.

Cuando Dios ama a alguien, lo hace morir en la cruz, despojándolo de todo, como Cristo. El padre Giuseppe conocía esta predilección. Colapso de la salud, del hospital y muerte sin un médico a su lado, él que había curado a tantos. En definitiva, se identificó con Cristo, se identificó con Comboni.

El 7 de abril de 1994, el cuerpo del padre Ambrosoli fue exhumado del cementerio de Lira y, en un ambiente festivo, fue llevado a Kalongo, junto a su hospital.

Para más información sobre su vida y obra escanee el código o entre a: <https://www.comboni.org/fratelli/105650>

